

**LA VALIENTE ESPINELA.****NUEVA RELACION Y CURIOSO ROMANCE,**

*en que se declara y da cuenta de lo que sucedió á esta doncella.*

El sol detenga sus rayos,  
y la luna su luz bella:  
caduque el mar con sus olas,  
y estremézcase la tierra.  
Paren los cuatro elementos  
en su rutilante esfera,  
pues de mí no estan seguros  
hasta los siete planetas.  
Oigan, pues, con atención  
de una muger la firmeza,  
de una vívora el veneno;  
y de una sierpe lo adversa.  
Yo nací dentro de Ronda;  
y llevándome á la iglesia  
en el sagrado Bautismo

me pusieron Espinela.  
Siendo pues en mis principios  
tan altiva y tan soberbia,  
que ninguno me la hacia  
que con ella se me fuera;  
y mis padres con amor  
me pusieron á la escuela,  
y en breve tiempo aprendí  
á leer y escribir, que es ciencia  
para una muger bastante  
si bien se aprovecha de ella.  
Apenas tuve tres lustros  
cuando la parca sangrienta  
quitó á mis padres la vida,  
quedándome tan resuelta,

que de mi furor temblaban.  
 muchos en la ciudad misma.  
 Aprendí á jugar las armas  
 con tal valor y destreza,  
 que á pocos dias salí  
 como el maestro maestra.  
 Y la causa de mi vida  
 tan abominable y fea  
 la diré, porque es muy justo,  
 que todo el mundo lo sepa.  
 Vivía junto á mi casa,  
 de lindo cuerpo y presencia,  
 un hijo de un caballero  
 llamado Fabian Herrera.  
 Gustaba mucho de hablarme,  
 y que le correspondiera;  
 mas como dice el adagio:  
 las burlas vienen á veras.  
 Robóme su amor el alma  
 y yo viéndome sin ella,  
 le dije si me queria  
 por esposa, y la respuesta  
 que me dió, que no igualaba,  
 en calidad ni en hacienda,  
 y que me fuese con Dios  
 á mi casa en hora buena,  
 que ya tenia su gusto  
 en dama de mas nobleza.  
 Obedecí su mandato,  
 y cual leona sangrienta  
 troqué el amor en rigores,  
 y en veneno las finezas.  
 Entré en mi casa furiosa,  
 aguardando que viniera,  
 la noche para vengar  
 de mi enojo la soberbia:  
 me puse un calzon de ante,  
 con una media de seda,  
 y un colete de mi padre  
 (que Dios en la gloria tenga),  
 y armada de punta en blanco  
 tomé la espada y rodela,  
 y con una carabina  
 bajé veloz á la puerta:  
 víle que estaba en la calle  
 hablando por una reja  
 con cierta dama, y llegando,  
 le dije de esta manera:

infame sin atenciones,  
 ¿cómo atravi lo desprecias  
 el honor de mi linage,  
 sabiendo que soy tan buena  
 como cuantas puede haber?  
 y así yo vengo resuelta  
 á que me quites la vida  
 ó he de quedar satisfecha;  
 ea, cobarde, ¿á qué aguardas?  
 y el mozo puesto en defensa,  
 se defendia bizarro,  
 pero poco le aprovecha,  
 que con cuatro ó cinco heridas,  
 cayó mortal en la tierra.  
 Alborotóse la dama  
 al ver su esperanza muerta;  
 pero de un carabinazo  
 cayó como una cordera.  
 Vino al punto la justicia,  
 mas yo como una saeta  
 me sali bien prevenida  
 á la ciudad de Antequera;  
 este fué el primer motivo  
 para dejar á mi tierra;  
 para olvidar á mi patria,  
 tan poderosa y amena.  
 Llegué á la ilustre Granada,  
 fértil, país de Amaltea,  
 donde estuve algunos dias,  
 gozando la primavera.  
 Dejé mi nombre y me puse  
 Raimundo, por Espinela,  
 siendo pues por mi valor  
 respetada donde quiera.  
 Senté plaza de soldado  
 y en el presidio de Ceuta,  
 estuve catorce meses  
 en la militante escuela.  
 Y un dia de San Francisco,  
 no sé sobre qué pendencia,  
 quité la vida á un paisano;  
 mas fué mi suerte tan buena,  
 y mi dicha, que no quiso  
 que nadie me descubriera.  
 Pocos dias se pasaron  
 cuando la fortuna adversa  
 me condujo en un barquillo  
 á la ciudad de Marbella,

con un capitán que iba á ver su casa y hacienda. Desembarquéme, y esta una tarde en la Alameda divertida con el juego de trucos en una mesa, no me acuerdo sobre qué se fundó una escrapela, que eran seis contra mí sola: aquí me obligó la fuerza de la razón, á sacar los instrumentos de guerra, y á las primeras andanzas, cayeron los tres en tierra, y los demas escaparon, que sino lo mismo fuera. Llegué á Málaga, y un dia estando en la calle Nueva con un mercader, llegó (que el diablo todo lo enreda) un ministro y me pregunta, ¿que de qué parage era? respondíle ¿qué le importa? y sobre esta pendencia me dijo que me pondria en un cepo de cabeza; alcé la mano furiosa, y en mitad de la mollera le di un golpe, y se quedó bailando la pataleta; á cuyo tiempo llegó la justicia, y me amonesta que me entregue á la prision por voluntad ó por fuerza. Díjeles que no queria, y sacando mi vihuela comenzamos á danzar una jácara de cuenta: di la muerte á un alguacil porque atrevido se arresta á prenderme; pero fué en vano su diligencia. Y á un escribano tambien le alcancé con violencia una estocada, y tomé el suelo por cabecera. En verdad que no pensé salir bien de esta refriega,

sino es por un estremeño que compasivo se llega á guardarme las espaldas, y yo de cólera ciega á cual derribo, á cual mato, y finalmente hice puerta para escaparme y salir con tres heridas pequeñas. El valeroso Alejandro me siguió, y en una cueva pasamos aquella noche, y antes que el alba viniera un barquichuelo nos lleva al puerto de Solobreña, corriendo las Alpujarras, y en la villa de Alcolea nos hallamos sin dinero, ni cosa que lo valiera. Entramos en una casa y á una señora de prendas, con una industria muy rara, la quitamos en moneda hasta cuatro mil ducados, que no fué muy mala presa. Campamos algunos dias haciendo tantas vilezas, que todo nuestro cuidado era espulgar faldriqueras. A Cartagena volvimos, y á una pobre tabernera la quitamos cien ducados, dejándola medio muerta. Llegamos á Montejucar, y en lo alto de la sierra hallamos á un sacerdote que pasaba en una yegua caballero, y lo metimos en lo áspero de una breña; al tiempo de registrarle compasivo se lamenta, diciendo: no me mateis, amigos, que yo quisiera traer á vuestro servicio de este mundo la riqueza: veis aquí dos mil ducados, y en pago de su fineza lo dejamos maniatado sin ninguna resistencia.

En el monte de Archidona  
cogimos una calesa  
con un caballero noble  
y una señora discreta,  
lleguéme á él y le dije:  
baje usted al punto á tierra,  
que quiero que me confiese  
el oro y plata que lleva.  
Sacó al punto una pistola;  
para tirarme con élla,  
mas no quiso la fortuna  
que diese lumbre la piedra,  
y arrojándome atrevida  
con inhumana fiereza  
le dí cinco puñaladas;  
y la señora se queda  
viendo la triste desgracia  
mas pálida que la cera,  
que podrian sus suspiros  
ablandar las duras peñas.  
Enterneciómese su llanto,  
y mi compañero llega  
á despojarla, mas yo  
le dije que no lo hiciera;  
y volviendo al caballero,  
le hallamos en la maleta  
ochenta y cuatro doblones  
con mas de ciento y cincuenta  
ducados en calderilla,  
con alguna plata entre élla.  
Recogimoslo, y al punto  
caminando á toda priesa  
entramos en Riogordo,  
y la justicia que llega,  
donde sin poder valerlos  
nos aprisionan y cercan  
en un meson, y entonces  
mi compañero intenta  
defenderse, mas no pudo  
porque el pecho le atraviesan;  
con el trabuco, y yo sola  
hice tanta resistencia,  
que para prenderme hubo

muertos y heridos cincuenta.  
Finalmente me apresaron,  
y maniatada me llevan  
á la ciudad de Granada,  
donde la justicia recta  
castiga haciendo justicia,  
para que tomen enmienda.  
Sacáronme á la visita,  
y yo puesta en la presencia  
de tantos señores nobles  
que mandan, rigen, gobiernan,  
confesé todas mis culpas  
como referidas quedan,  
y postrada de rodillas  
les digo de esta manera:  
señores, yo soy muger,  
y mi nombre es Espinela,  
de esclarecido linage;  
con que la sala se queda  
suspensa; mas luego al punto  
me leyeron la sentencia  
de que pague en un garrote  
las cometidas ofensas,  
y pasados los tres dias,  
á voz de pregon me llevan  
hasta la plaza Mayor  
donde la muerte me espera,  
y ya puesta en el suplicio  
pidiendo al Señor clemencia,  
invoqué á la Virgen pura  
diciéndola: sacra Reina,  
Madre de misericordia  
dulce y abogada nuestra,  
suplicadle á vuestro Hijo,  
que por su amor me conceda  
el perdón de mis pecados...  
Esto dijo, y con violencia  
llegó la homicida parca,  
y el cuerpo sin alma queda.  
Escarmentad, pecadores,  
mugeres, vivid alerta,  
que quien anda en malos pasos  
este es el fin que le espera.

**FIN.**

Madrid: 1849.—Impta. de D. J. Narés, calle de Relatores, núm. 17.